THRONOS, La roca de Citrino

Yazuri Arias

Image not found.

Capítulo 1

CAPITULO UNO.

Había una vez, un reino llamado Imandor en el que los soberanos, el Rey Argán y su esposa, la Reina Dorotea, realizaban apetitosos festines durante la última luna llena de cada año; éste era un compromiso que tenían con la finalidad de honrar a la magia y a los seres de luz.

Durante cada periodo festivo de luna llena, se abrían las puertas del reino para que los seres mágicos, gustosos de las ofrendas otorgadas, ingresaran al reino con destellantes sonrisas y hábiles bailes llenos de júbilo.

Pobladores e invitados mágicos disfrutaban el festín que los soberanos muy ostentosamente organizaban para ellos, no se escatimaba en gastos, durante un año completo se preparaba el pueblo para la fiesta que con mucho gozo y algarabía se celebraba.

Las calles se vestían de luces, banderines, música, comida y color; cada tanto se encontraban hadas, brujas y magos, realizando demostraciones de sus dotes delante de los más pequeños que observaban con admiración las luces centelleantes que emanaban de sus hábiles manos. En el cielo las hadas formaban animales silvestres con luces resplandecientes haciendo que marcharan y saltaran hasta desvanecer su luz. Incluso invitaban a los pequeñines a intentar algún truco de magia a lo cual siempre había alguno con habilidades que lograba realizar un pequeño movimiento o fragmento del encanto, las hadas, brujas y magos llamaban a esto ***"Alievé"*** también conocido por los hombres como "El Don para Ser"; los seres de luz, animados al ver que la magia se expandía hacia algunos seres de la tierra firme, los invitaban a formar parte del ***Coledurum***, consistente en un grupo de pequeños aprendices, para desarrollar sus habilidades y convertirse en personas habilidosas llenas de magia, por lo que si los padres y los ancianos estaban de acuerdo se marchaban con los seres de luz, siendo hasta la siguiente celebración de luna llena cuando regresaban como visitantes al pueblo y se lucían al demostrar lo que habían aprendido, llenando a sus familias de orgullo al verlos realizar con habilidad, cada vez mejores y complicados actos mágicos.

Todo esto comenzaba a la edad de nueve años; los seres de luz decían que los pequeñines se encontraban en ***"Óllupa"***, conocido por el hombre como "la edad de la semilla", en la cual los niños que poseían un poco de magia en su interior, eran capaces de demostrarlo, y si eran descubiertos, se les podía enseñar a conservarla y no perderla, por eso, cada

celebración de luna llena, los seres de la tierra luminosa acudían al reino de Imandor para celebrar la alianza de los reyes de la tierra firme con los seres de la tierra luminosa, que consistía en que éstos pudieran expandir la magia a cambio de otorgar al hombre tierras fértiles, lo que significaba que en el reino siempre habría abundancia, pudiendo así mantener un equilibro entre ambos reinos.

Además, la unión de los seres de luz con los hombres de tierra firme, ayudaba a mantener las puertas cerradas para los seres de oscuridad. Seres cuyas características eran la vileza, odio y repulsión.

Así, es como después de toda una velada y un suculento festín los niños se reunían al rededor del campo principal donde se llevaba a cabo el baile para presenciar el gran final, en la que se presentaba Tronos, un hermoso unicornio de color blanco que destellaba tonos azules y púrpuras ante cada movimiento que realizara. Su musculatura era perfecta, patas eran enormes, cubiertas con pelo plateado resplandeciente al igual que su cola y crin. Era un unicornio hermoso e imponente, que a diferencia de los unicornios que todos conocemos, éste tenía alas, bellas, grandes y poderosas alas con las se apoyaba para aterrizar en el centro del reino; galopaba todo el contorno con sus bellas alas que se amoldaban perfectamente a la musculatura de su cuerpo, y finalmente lo que todos esperaban, se colocaba en el centro, posaba sobre sus dos patas traseras y relinchaba, el relinchido más fuerte que todos hubieran escuchado alguna vez, año con año parecía un relinchido superior al anterior. Plegaba sus alas, aleteaba y desaparecía en la inmensidad del cielo nocturno dejando una estela de luz en la oscuridad del firmamento.

Las hadas, magos y brujas se despedían de todos con movimientos de mano circulares y una reverencia, desapareciendo algunos de manera espontánea dejando únicamente polvo o humo, otros volaban por el cielo junto a la estela que Tronos había dejado a su paso y algunos más simplemente se encaminaban por la puerta por donde habían ingresado, cada ser mágico tenía su estilo particular para llegar y despedirse.

Y era así como las lunas llenas del año terminaban.

*

—Pero mamá, los unicornios no tienen alas. — La voz de una pequeñita afirmó al terminar de escuchar la historia, realizando un gesto de sabiduría y desfachatez.

—Es que éste era un unicornio especial.— Una mujer con voz serena contestó.

—¿Qué tan especial mami?

—Fue el producto del amor de dos seres distintos, tan distintos entre sí pero tan enamorados que los Dioses permitieron su unión para lograr el nacimiento de Tronos.

—¿Qué zerez edan esos?— Una pequeña vocecita distinta preguntó, era la voz de una pequeñita que seseaba de manera graciosa al pronunciar cada palabra.

—Un musculoso Pegaso y una bella y delicada Unicornio, Aramur y Saelina.

—¡Hay!, ¡Ya no pregunten más!, quiero terminar de escuchar la historia.— Un niño agregó con voz ansiosa.

—Pero esa es toda la historia — contestó la mujer, ofreciendo una humilde sonrisa al pequeño.

—Pero, no puede ser toda la historia, ¿qué pasó entonces con todo lo que nos ha contado? ¿Por qué dejó de existir todo eso? ¿Nos volvimos malos y nos dejaron de apreciar?

—Para nada, nada de eso. — la mujer se llevó los dedos al mentón buscando palabras para poder explicar lo que había pasado. — Es solo… un poco difícil de explicar.

*

En el otro lado de la planicie, ubicados en la zona oscura, desde la montaña más alta los minotauros observaban la fiesta de luces que se celebraba en la tierra firme. Toda aquélla algarabía y felicidad los asqueaba tanto, ya que ellos no poseían ningún dote para la magia, solamente eran bestias.

Inconformes con la felicidad que derrochaban los habitantes de Imandor junto con los seres de la tierra luminosa, Grandor y su hermano Grum, comandados por un ser, hasta ese entonces misterioso y nunca visto pero que infundía temor en éste par, planearon un ataque para derrocar el reino que tanto los molestaba. Estaban en contra de la magia, no la toleraban; consideraban a las hadas, magos y brujas sus peores enemigos y estaban decididos a acabarlos junto a todos aquéllos que la toleraran e incentivaran. No querían ver más magia. Si ellos no la poseían, no debía haber nadie más que la poseyera.

Durante varios años siguientes, la legión de los minotauros tuvo encomiendas específicas para observar cada celebración de luna llena en Imandor, buscando la manera de penetrar el reino y acabar con la magia.

Fue entonces que pasados varios años de observar y planificar, nueve días antes de la última luna llena, Grandor y Grum, acompañados de todas las bestias carentes de magia que habitaban la tierra oscura, emprendieron la marcha hacia la que sería la última celebración de los reinos.

La batalla estaba pactada, acabarían con el Rey, la Reina, y todos aquéllos seres de luz que se atravesaran por su paso, no les importaría si se tratara de hombres, mujeres o incluso niños, iban por un objetivo: DESTRUIR LA MAGIA.

Esperaron con paciencia y sigilo hasta la última noche de luna llena del año siguiente, el objetivo principal estaba señalado, acabar con Tronos.

El día de la última luna llena llegó, Grandor se colocó sobre una roca elevada antes de ordenar irrumpir en el reino de Imandor y declamó su discurso final:

"Hemos vivido siglos enclaustrados en la oscuridad.

¡Es tiempo de cambio!"

¡AUH, AUH, AUH!, clamaban en coro el ejército de bestias preparados para la guerra mientras azotaban sus pies y armas en la tierra; era su cántico de guerra

"Ellos, jamás volverán a prohibirnos entrar a sus tierras.

(¡AUH, AUH, AUH!)

Podrán tener magia, !pero nosotros tenemos fuerza!.

(¡AUH, AUH, AUH!)

!MINOTAUROS, CANCERBEROS, BESTIAS!, ¡HA LLEGADO LA HORA DE GOBERNAR!

¡A LA BATALLA!"

Fue así como se libró una batalla épica, en la que al tomar a los hombres de la tierra firme y a los seres de luz desprevenidos, a cada paso que daban eliminaron parte de la magia en Imandor; esa noche, la luna llena se tiñó de un color rojo carmín y su luz no volvió a resplandecer con la misma intensidad, de igual manera, los sobrevivientes de la tierra luminosa desaparecieron y desde aquél fatídico día no volvieron a ser vistos, dejando la tierra firme como ahora la conoces, un mundo sin magia, hadas y magos; duendes, elfos y todo ser que tuviera algo de

magia en su interior desapareció.

—Pero mamá, qué pasó con Tronos. ¿Lo… mataron?

—Nadie lo sabe corazón, todos desaparecieron, hadas, magos y brujas, ningún ser mágico volvió a ser visto desde aquél día. Y con ellos también desapareció Tronos.

—Pero ¿cómo fue que desaparecieron?— cuestionó la pequeña.

—¿A caso los asesinaron? — agregó la voz del pequeño varoncito.

Tras una pequeña pausa y después de mediarlo por unos instantes, la mujer al tener organizadas las palabras adecuadas para poder ser perfectamente comprendidas por los pequeños a quienes se las narraba, continuó:

—Los reyes pidieron tregua, suplicaron porque todo aquello terminara; los gritos de súplica llegaron a los oídos de un centauro. Se dice que únicamente necesitó realizar un movimiento con un dedo para que todas las bestias acataran las órdenes y se detuviera.

-Por favor, se los suplico, no tiene por qué suceder todo esto. Entregaremos lo que nos pidan.

-¿Cualquier cosa?

-La que sea, pero por favor – el rey se puso sobre sus rodillas- *por favor, que esto termine, el pueblo no tiene que pasar por esto- l*levó sus manos al suelo, observó la tierra húmeda bajo ellas, pudo sentir la textura de ésta y el ardor al introducirse bajo sus uñas cuando con fuerza apretó los puños- *te entrego el reino,-se lo pensó un instante- mi cabeza si así lo deseas, pero deja sobrevivir al pueblo.*

-¿Estás dispuesto a sacrificarte por esta gente?

Los rostros incrédulos de cientos de personas se enfocaron en el rey; la reina respaldando a su esposo y otorgándole fortaleza en su acto, se arrodilló junto a él y dijo solo les suplicamos dos concesiones, y todo el reino les pertenecerá.

El centauro con aire victorioso, a sabiendas de que tenía todo por ganar y sin necesidad de escuchar súplicas, accedió *-Bien. Dos cabezas a cambio de dos concesiones. Me parece adecuado. Los escucho, pero antes, hagamos la transición de una manera más… cómo decirlo… mmmm Pública*

Los soberanos se pusieron en pie; se dirigieron custodiados por las bestias y encabezados por el centauro al balcón principal del castillo blanco. El pueblo se congregó en la parte baja de la gran plaza para escuchar en voz de los reyes las concesiones que otorgarían sus captores a cambio de la vida de cada soberano.

Rey y Reina tendrían solo una vez el derecho a ser escuchados, y aquélla cual fuera su petición tendría que ser concedida. Fue el pacto al que se llegó y por misericordia se accedió.

Pese a que el centauro desconocía cual fuera la petición que aquéllos realizarían, estaba confiado de que nada podría opacar el poderío que había adquirido. Fue un juego de poder en el que él ganó.

El Rey fue el primero en pasar al frente, carraspeó para aclarar su voz y mostrarse más fuerte y seguro de lo que en realidad se sentía.

-Queridos pobladores; Reyes y Reinas han pasado por Imandor en incontables ocasiones, generaciones tras generaciones, conquista tras conquista, y hoy, hemos sido conquistados, les pido me perdonen por todo lo malo que a causa mía les haya ocasionado. Soy el único responsable.

El centauro perdiendo la paciencia le recordó que solo tenía derecho a hablar una vez para hacer mención de la que sería su concesión y si quería que ésta fuera que sus pobladores lo perdonaran tendría que pensárselo mejor.

-Solicito me sea concedido que el pueblo y sus pobladores de hoy y por siempre reciban piedad y en sus vidas les sea permitido conservar y obtener hogares, familias y trabajos.

-¡Concedido!- aclamó el centauro con una gran sonrisa dibujada en el rostro. Sin embargo, nadie aplaudió.

El Rey fue arrastrado hasta donde no pudo ser visto por el pueblo y enseguida apareció la Reina. El centauro le recordó aquello que le dijo a su esposo el Rey, por lo que ella se sintió impotente de no poder dedicarle unas palabras a su gente.

Alzó la mano y señaló la gigantesca estructura que daba justo frente al castillo a cientos de metros de distancia; en la lejanía no se apreciaba con exactitud sus detalles, pero podía distinguirse su puerta roja de grandes dimensiones; se trataba de un templo antiguo de tamaño similar al del castillo blanco.

-Solicito sea concedida la inmunidad absoluta para el Templo de los Ancianos, su contenido y aprendices. De esta y todas las generaciones

venideras.

Entre la multitud se escuchó al unísono los suspiros de sorpresa e incredulidad. Los pobladores de inmediato se percataron que la Reina había pedido más de lo que el centauro pudiera estar dispuesto a conceder. En voz baja un minotauro susurró Señor, creo que no se lo ha pensado bien con esto de las concesiones. Sin embargo, los centauros son seres de palabra, por lo que aún con el disgusto que la petición ocasionó, ésta se concedió.

-Es una verdadera pena. Para ser honesto ya había puesto la mirada sobre aquél templo. Sin embargo, los Centauros cumplimos nuestras promesas, y su querido templo será respetado. En fin, ya veremos cómo lidiar con esto. Ahora pasemos a lo importante. –En uso de una voz por mucho más poderosa con la que se había conducido con anterioridad, rugió- *¡Encontrándose todos aquí reunidos!, ¡Es para mí gratificante informarles que Imandor ha sido conquistado! ¡De ahora en adelante yo soy la ley y última palabra, no habrá perdón para quien ose contrariarme!.*

Después de eso, la guerra terminó, y con ella la vida de los reyes. Los seres de luz jamás volvieron a ser vistos.

Capítulo 2

CAPITULO DOS

Habían transcurrido ya cuatrocientas lunas llenas desde que el reino de Imandor se volvió un lugar custodiado día y noche por Orcos, los seres más viles, sucios y mal olientes de la tierra oscura; los minotauros por alguna razón emprendieron el regreso a la tierra oscura siendo vistos por Imandor en extraordinarias ocasiones, pero sin falta alguna durante los festines de última luna llena del año. Esa tradición, por así decirlo, se conservó, pero ahora no para venerar a la magia, si no para celebrar el triunfo y conquista de los oscuros.

En esas fechas sin falta alguna, los minotauros una vez saciado su apetito examinan a todos los niños que tengan nueve años cumplidos, colocándoles una piedra Citrino en sus manos. Esta piedra por tener la cualidad de activar las habilidades internas de quien la toque, emite desde pequeños destellos si tu habilidad mágica es baja, hasta sorprendentes destellos si se trata de habilidades eran importantes.

Los minotauros guardan muy celosamente sus piedras de Citrino, porque no quieren que nadie más pueda detectar si algún niño posee algún dote para la magia, así, serían ellos los primeros en saberlo y no habría escapatoria, al niño que toque la piedra de Citrino y ésta tenga alguna reacción por minúscula que sea, se lo llevan con ellos a algún lugar desconocido en el laudo oscuro y desde el primero que se marchó con ellos hasta el último al día de hoy, jamás han sido vistos nuevamente.

*

En todo el reino de Imandor se establecieron reglamentos inquebrantables que son sancionados de diferentes maneras según la condena que le sea decretada por los Juzgadores Oscuros, pero con una particularidad entre todas. Es cruel.

Cuando alguien comete alguna infracción es llevada al Congreso que se encuentra en el templo donde antes estaban de los ancianos, allí una vez leída la infracción cometida, los Juzgadores Oscuros integrados por tres centauros y dos minotauros, discutían la condena entre discretas sonrisas, en ocasiones con seriedad y al final el encargado de presidir la sesión, leía en voz alta la sentencia.

La peor de ellas, es cuando los Orcos arrojan a las personas a la fosa de los Cancerberos, una enorme fosa de cincuenta metros de profundidad que cavaron en la entrada del reino, donde colocaron a los cancerberos; allí en un rudimentario elevador tirado por cuerdas, bajan a los pobladores condenados a pena de muerte por alterar el orden o quebrantar las reglas

de los oscuros, preferían hacerlo así porque los oscuros disfrutaban escuchar los gritos de terror de las personas al bajar lentamente a la fosa; sin embargo, si el condenado tiene algo de suerte lo llevan a la tierra oscura condenado a ser el sirviente de los que allí habitan: Grandor y Grum.

Solo los Dioses saben que sucedía con ellos, porque igual que sucede con la partida de los niños, a los que llevaban al reino oscuro, jamás se le ha vuelto a ver en Imandor.

Por fortuna, existen situaciones verdaderamente extraordinarias en la que si los juzgadores se encuentran de buenas, consideran el agravio como menor, y únicamente los llevan al castillo, el cual pese a las inclemencias del tiempo y del pasado, conserva ese aspecto poderoso e imponente con sus grandes torres, puertas y pasillos, ahora conocido como "El Castillo Negro" en el que habita Brumeo el centauro. Allí, únicamente reciben una reprimenda por el nuevo Rey y le asigna alguna nueva labor, incluso actuar como patiño en las reuniones que organiza.

Por todo esto, es que los pobladores viven con miedo a ser castigados y trabajan arduamente en las parcelas, ya sea cuidando cultivos o ganado ya que como la tradición lo marca, cada última luna llena de año, se sacrifican a los mejores animales del campo, se cosechan los mejores frutos y se prepara una abundante comida acompañada con vino, mezcal y ron, como preservación y burla a la tradición que los antiguos soberanos habían implementado. Los Oscuros beben hasta perder la conciencia, realizan destrozos en todo el pueblo e incendian chozas al azar nada más para demostrar su poderío.

Sin embargo, toda esa conducta desaparece cuando Brumeo pone un pie en el exterior del balcón más alto del Castillo Negro, —su aspecto poderoso, increíble color negro azabache, musculatura predominante, aspecto severo, siempre erguido con la frente en alto, superando en estatura a los minotauros a quienes solo mira por encima del hombro—, siempre acompañado de dos Ciclopes encadenados por el cuello, uno en cada flanco; los pobladores sin perder tiempo forman filas colocando a todos los niños de nueve años cumplidos al frente, en espera de la orden para iniciar la revisión anual.

Los minotauros toman sus piedras de Citrino y las colocan en las palmas de las manos de los pequeñines, quienes nerviosos, temblorosos y con los ojos inundados en lágrimas, las extienden para recibir la roca que podría condenarlos a un futuro incierto.

*

Han pasado ya tres años desde que condenaron al último menor; las familias ya sienten alivio en su interior; cada día se ha acrecentado esa

tranquilidad ante la posibilidad de que ya no exista la magia en el interior de alguno de sus hijos, nietos, sobrinos o conocidos.

Hoy, nuevamente en la revisión anual, avanza como de costumbre, las rocas se posan de mano en mano descansando por un minuto en cada par, los minotauros observan con desgana pero cuidadosamente la roca y luego la arrebatan para pasar al siguiente. De vez en cuando se escucha el bostezo de alguien entre la multitud.

Los Oscuros esperan con impaciencia que acabe la rutina para poder continuar bebiendo vino, de vez en vez murmuran algo entre ellos y alguno se ríe.

A lo alto del castillo en un balcón cercano al principal por primera vez hay alguien observado, por los rumores del pueblo se cree que es la esposa de Brumeo llamada Iwa, a su lado de pie se encuentra un centauro pequeño, parece ser su hijo, de ser él, por primera vez estaríamos ante el heredero legítimo de las conquistas de Brumeo y en consecuencia, el próximo líder de las batallas venideras. Supongo que tiene que aprender todo lo que su padre hace para convertirse en su sucesor, como Comandante y Rey de la tierra oscura.

*

—Ma-Madre, e-esos niños q-qué edad tienen. — Saibón, hijo único de Brumeo con Iwa, tiene una pequeña dificultad para hablar,

—Claridad hijo, pronuncia con cuidado cada una de tus palabras, sabes que cuando haces eso, tu padre se disgusta. —Espetó, tras una breve pausa soltó el aire contenido y respondió— tienen nueve años, una edad despreciable en los habitantes de la tierra firme.

—Soy d-dos años mayor que ellos m-madre, —frunció con fuerza el entrecejo, hizo su mayor esfuerzo por no equivocarse al hablar— por qué habría de ser peligrosa su edad si se v-ven... tristes. —Conocía perfectamente la tristeza, ha vivido cada día de su vida desde que aprendió a hablar, el rechazo de su padre debido a sus problemas de dicción.

Tornando los ojos con frustración y tratando de no exasperarse ante las preguntas continuas e interrupciones del pequeño, habló lentamente, haciendo sentir el fastidio en cada palabra.

—Porque a esa edad se presenta la “magia” en los humanos, y si los dejan ser, podrían desarrollarla, regresaríamos a la oscuridad donde algún día estuvimos exiliados. Y nadie quiere eso, ¿está bien?

—¿Acabados p-por niños de nueve años?, se escucha como una t-tontería.— Sonrió por un instante, y de inmediato se dio cuenta que había pensado en voz alta.

Iwa le dio una bofetada a su hijo delante de toda la audiencia presente, que aunque se encontraban cerca del balcón principal del castillo, y aunque casi nadie se percató de lo sucedido, hubo una pequeña que se encontraba entre los pobladores que desde el principio había notado su presencia y le pareció ver lo que pasó y se lo señaló a su madre

Sin embargo, Brumeo sin lugar a dudas había escuchado el bofetón.

—Nunca cuestiones la noble labor de tu padre— Iwa rugió entre dientes; Brumeo con una señal disfrazada, ordenó que escolten a su esposa e hijo a otra parte, ambos se marcharon junto a un par de centauros armados cuando el gruñido de un minotauro seguido de los gritos de una mujer rompieron el silencio.

*

—¡ALIEVÉ!— Se escuchó con fuerza desde el hocico del minotauro mientras se dirigía a un niño.

—¡Nooo por favor, nooo!, ¡no la practicará, no la practicará, por favor déjenlo ir!- Una mujer gritó horrorizada entre la multitud.

—¡Mamááá, noo, por favor, no dejes que me lleven!— Un pequeño de brazos delgados que únicamente vestía un pantalón desgastado, se retorcía y escurría entre los enormes brazos del minotauro que lo había alcanzado.

Todos en el lugar se sorprendieron al escuchar los llantos de súplica y gritos desgarrados; madres, padres, jóvenes y niños de puntillas tratando de observar mejor quien era la que emitía tales súplicas, los pequeños niños presentes en la fila de revisión bajaron la mirada, uno que otro apretó los puños para contener sus emociones mientras otros secaron las lágrimas que deslizaron sobre sus sucias mejillas.

Después de tres años sin incidentes, las familias creían haber encontrado la calma en sus corazones, faltaba poco para que la revisión finalizara, solo faltaban un par de niños más, solo un par cuando la piedra resplandeció, no había duda, la piedra había brillado ante los ojos de todos y lo peor, es que había sido un brillo enceguecedor; el niño fue alejado de su familia.

Ahogado en llanto clamando a su madre, jamás volvería a ser visto.

El padre del niño había perdido el ojo derecho en un accidente en el área de mineros, quedando en su lugar una cicatriz diagonal. Corpulento por sus extensas jornadas en las minas, no le fue difícil sostener con fuerza a la mujer mientras que en las faldas de ella una pequeña niña se aferró con todo su ser tratando de contenerla, intentando con toda su alma transmitir a su madre que no estaba sola que allí estaba ella; sin embargo su esfuerzo fue en vano, la mujer gritó y sollozó piedad para su primogénito, había perdido toda noción de sí; entre el arrebato de emociones la pequeña niña que no supera los siete años había caído al suelo impulsada por los movimientos desesperados de su madre ocasionándose una herida en las rodillas; de momento a otro una pequeña llovizna comenzó a caer del cielo haciendo que las lágrimas en sus rostros se mezclaran con las gotas de lluvia.

Esa noche, una madre fue perdiendo la voz al ser remplazado por un nudo que enmudecía su garganta; lo vio partir a rastras en manos de los orcos. Lentamente lo vio alejarse forcejeando con sus captores. La mujer se perdió en la imagen de su hijo siendo arrancado de su lecho. Guardó silencio, sus ojos perdieron el brillo, quedó así sin más, ignorando su entorno, a su pequeña hija y a su marido, ya nada tenía sentido para ella, todo se volvió silencio, el mundo se volvió más lento y pudo ver cada detalle de los movimientos aterrados de su hijo tratando de escapar de las garras de quienes lo habían apresado. Sin poder hacer más, la mujer se ahogó en un llanto enmudecido que le había robado la paz, completamente paralizada con la mente en blanco al perder de vista a su primogénito, se había ido, se lo habían llevado. Se sentía sola, parada inmóvil, abrazada por la espalda por su esposo que le decía algo al oído, palabras imperceptibles para ella, su pequeña hija de rodillas en el piso con heridas ocasionadas por la caída, se sintió ignorada y abatida. Solo tomó pequeños instantes presenciar el dolor más grande de una madre y ver como éste se cristalizaba en el aire.

Una madre perdió a su hijo. Un niño jamás volvería a ser visto. Miles de personas en el reino perdieron la confianza y seguridad que creían haber recuperado.

*

Saira, una pequeña niña de cuerpo delgado, como la mayoría de los niños en aquél lugar, tenía aspecto sucio y harapos desgastados por los trabajos de limpieza y cosecha que constantemente realizaba. Los pequeños del pueblo la llamaban por el apodo de “lechita” por su piel blanca -muy blanca si se le compara con los otros niños- siempre cubierta con polvo y lodo, los aldeanos la veían con una mezcla de cariño y pena ya que conocen su situación, creció sin un padre y se desconocía quien podía ser, y en la situación en la que se encontraba el reino, ser madre soltera no

era lo ideal ya que eso implica mayores carencias.

La pequeña como los demás niños que no eran sometidos a la revisión, se paró junto a su madre unos metros detrás de la fila donde son revisados pequeño tras pequeño cuando todo sucedió, ella aún con ocho años, recordó vagamente que en alguna ocasión el arrebato que sufrían las madres al ver a sus hijos desprenderse abruptamente de sus familias; sin embargo, aún era pequeña y el recuerdo era fugaz.

Al ver lo sucedido en su mente viajaron pequeños recuerdos sobre madres llorando desconsoladas sobre el pecho de sus esposos. Lo había presenciado a cierta distancia, pero nunca le había tocado ver el arrebato tan de cerca y menos con una persona con la que comparte una amistad estrecha.

Al niño que se estaban llevado se llama Gregor, vive en la choza continua a la de Saira. Ambos solían jugar juntos por las tardes, una vez que terminaban de cosechar los frutos y regar las plantas de las pequeñas parcelas que tenían en los jardines de sus hogares. Gregor tiene una pequeña hermanita apenas un año menor que Saira, su nombre es Any. La madre de ambos acostumbran frecuentarse para platicar mientras sus pequeños juegan e intercambiaban vivencias sobre sus desarrollos y experiencias, por esa misma razón Gregor se había convertido en algo así como el hermano mayor que Saira hubiera querido tener.

Any, Gregor y Saira crecieron juntos, fue entonces que al ser más independientes, salían a correr entre los matorrales, jugaban “las traes” e infinidad de juegos que ellos mismos inventaban, se consideraban una familia dividida en dos hogares

De todos los buenos momentos que pasaron juntos, ella tenía su favorito, que fue cuando en una ocasión Gregor quiso impresionar a las niñas espantando a un cabrito para lograr hacer que sonrieran ya que disfrutaba hacer explotar en carcajadas a Saira porque entre risa y risa se le escapaba un sonido parecido al hozar de un cochino; es entonces que para espantar al cabrito pegó un salto y emitió un grito frente al animalito pero éste dio un par de pasos hacia atrás sin inmutarse por el escándalo que el niño había realizado, se posicionó en forma de ataque y justo en el momento en el que Gregor volvió la espalda, lo derribó de un cabezazo directo en las pompas.

Gregor logró su cometido, hacer reír a las niñas, Saira se privó en una carcajada repleta de sonidos graciosos característicos de ella, y aunque no fue precisamente del modo que él hubiera querido, todos disfrutaron de ese gracioso momento.

Saira parpadeó un par de veces regresando a la realidad que la circundaba, aterrizó nuevamente en aquél momento terrorífico de

arrebato; si bien no tenía muchos recuerdos sobre los terribles arrebatos sucedidos en años anteriores, este último se iba a quedar grabado en su mente y corazón por siempre.

Era la primera vez que se llevaban a uno de sus amigos, y más que un amigo, a un hermano. Buscó con la mirada a Any, sintió la necesidad de protegerla, pudo visualizarla al momento de aferrarse a la falda de su madre, su cabello ensortijado color cobrizo estaba enredado y sucio; un par de mechones cubrían su mirada pero podía notar que estaba llorando, las líneas que recorrían sus lágrimas sobre sus mejillas habían dejado su marca, verla de esa manera por primera vez, provocó en ella enojo, angustia y miedo. Ninguna de las dos había vivido el arrebato tan de cerca.

—Mma-mmá— Su voz temblaba en una mezcla de emociones. Se había aferrado a la mano de su madre con toda la fuerza que su pequeño cuerpo producía, estaba aterrada.

—Tranquila corazón — Le susurró Milka, su madre, quien trató que su voz sonara lo más consoladora y reconfortante posible que la situación permitía, a la vez que trataba de tranquilizarla rodeándola con el brazo discretamente; todos sabían perfectamente que estaba prohibido reaccionar ante el arrebato, todo aquél que cargara a sus hijos en brazos, reprochara el acto o tuviera alguna reacción desfavorable o de consolación hacia otras personas, iba a ser reprendida, todos mantienen la mirada al frente y en ocasiones observan por el rabillo del ojo a la madre afectada. Los más cercanos a ellos contenían las lágrimas o el coraje que los hechos les generan.

*

Transcurrió toda la revisión de aquella noche, la última del año. No se hubo más incidentes, los Orcos retomaron sus guardias; y, Brumeo, Iwa y Saibón tuvieron una reunión en el antiguo palacio de los soberanos de Imandor.

Ya en la sala de reuniones del antiguo palacio que alguna vez perteneció a los soberanos de Imandor, con una mirada severa Brumeo comenzó a deambular por el recinto, Iwa lo observó moverse de un lado a otro mientras Saibón con la mirada firme en el suelo, lo sabía, estaba en problemas, aún se podía observar en su mejilla la marca de la mano de su madre contorneada por una fina línea roja. Se frotó un par de veces el antebrazo en señal de preocupación antes de escuchar a su padre hablar.

—Qué fue lo que sucedió— La voz del más alto comandante de la tierra oscura se saturó de rabia— ¿QUE FUE LO QUE SUCEDIÓ?— Aporreó ambos puños sobre la mesa provocando un ensordecedor estruendo que resonó en toda la habitación, se hizo una grieta que se condujo con

velocidad al centro de la mesa, un par de copas de oro rebotaron, una de ellas no soportó la vibración yéndose de costado a la vez que rodaba a la orilla, el canto de la copa tocó el suelo provocando un sonido metálico y antes de que pudiera originarse un escándalo derivado por la caída de la copa un pequeño gnomo con escasos cabellos en la cabeza, nariz redonda con aletas nasales amplias y cuerpo rechoncho se aproximó a velocidad evitando que se impactara por completo.

Brumeo lo fulminó con la mirada.

—Pegdone Ugted amo— El gnomo hizo una reverencia dando pequeños pasos hacia atrás mientras tomaba con firmeza en ambas manos la copa. Retrocedió y se volvió al rincón oscuro donde lo tenían confinado. Se le había perdonado la vida a algunos gnomos por considerarlos diminutos e inútiles, siempre y cuando aceptaran la condición de que fueran "fieles" sirvientes y jamás usaran su mediocre magia.

—¿y bien?— insistió.

—Saibón cuestionó tu orden de revisión hacia los niños humanos— intervino Iwa que se mantenía firme con la mirada colocada sobre la de su esposo.

—Hijo, estás consiente de que eres el que tiene mayores probabilidades de convertirte en mi sucesor en el control de la tierra firme— Brumeo observó a su pequeño hijo sin suavizar el rostro, su mirada severa que intimidó a su hijo que no podía sostenérsela y deambuló su vista de un lado a otro evitando el contacto visual.

—Sí p-padre— Al hablar, el labio inferior del pequeño centauro tembló conteniendo el llanto. Nunca había sido reprendido de manera tan severa, por lo que hizo conciencia de que lo que había hecho no se trató de una acción cualquiera. Era grave. Al escuchar la respuesta de Saibón, Brumeo se dirigió a la ventana del salón y observó por un instante el exterior hacia la zona oscura.

—¿Te gusta la vida que llevas ahora?— Arqueó una ceja, inclinó levemente la cabeza para volver la mirada y observó por encima del hombro a su hijo

—Sí padre.

—¿Alguna vez haz sentido hambre, miedo o frio?

—No padre, nunca.— Hasta hoy. Desde su nacimiento había vivido decorosamente.

—Eso es bueno hijo, eso significa que las cosas están bien para los nuestros...—hizo una breve pausa, contempló a los humanos en el exterior recogiendo la basura del festín y la revisión de los infantes. Inhaló profundamente antes de continuar, observó más allá en la lejanía, el cielo estaba completamente oscuro y cerca de la luna llena se avistaba una aurora boreal.

— Sin embargo – continuó—, originalmente nosotros estábamos exiliados de las otras dos planicies, confinados a la oscuridad y marginación, vivíamos únicamente en la tierra oscura, no podíamos traspasar esa zona; los humanos y los seres de luz hicieron una alianza, compartiendo ambos reinos, asegurando nuestro exilio, con trucos baratos y magia absurda. Nosotros solo podíamos vivir en las sombras y podredumbre, y lo aceptábamos, no nos querían en sus reinos, no íbamos a rogar por ellos, tenemos dignidad y aunque su magia nunca fue obstáculo para nosotros, porque somos notoriamente más fuertes que ellos, nunca intentamos atacarlos.

Brumeo recorrió el salón y con las manos cruzadas en la espalda, se detuvo frente a una chimenea observó la flama y se transportó en sus recuerdos.

Saibón podía ver el reflejo de la llama sobre los ojos de su padre, veía la existencia de dolor, devastación, coraje y sed de venganza.

Brumeo vagaba en un mar de dolorosos recuerdos, desvió la mirada de las llamas y fijó la mirada en un adorno sobre la chimenea.

—En fin...—continuó— en ese entonces, yo tenía tu edad, estaba muriendo de hambre y frio, me encontraba solo, mis padres habían muerto al ingresar inconscientemente a la tierra firme por algo de comida para mí, estaban desesperados, su hijo se estaba muriendo, ¿qué más podían hacer? Sino buscar comida… ellos no sabían que habían traspasado el límite, no se fijaron en ello, únicamente estaban preocupados por conseguir alimento para su hijo—volteó a ver fijamente a Saibón—de la misma manera como tu madre y yo lo hubiéramos hecho por ti; pero, a pesar de ello, un grupo humanos con armas los vieron y fueron tras su caza... yo, estaba escondido en una pequeña cueva donde mi madre me había dejado... me había indicado que pasara lo que pasara no saliera de allí, hasta que ellos volvieran... y lo hicieron.

La voz de Brumeo se intensificó volviéndose agria y rasposa, le dolía contar esa anécdota, pero estaba decidido a terminarla para que su hijo comprendiera el porqué de las circunstancias.

—Corrían a toda velocidad hacia la cueva, primero vi a mi madre, en su rostro pude percatarme de que las cosas no marchaban bien. Se detuvo justo antes de llegar la cueva donde yo me encontraba, pude ver su rostro

derramar lágrimas, arrancó el collar que llevaba en el cuello y lo aventó hacia mí, “Ghismaiá-Ndecyunai”, esas fueron sus últimas palabras, las últimas palabras que escuché hablar mi idioma natal “escóndete, humanos”, retrocedió y antes de empezar a huir una flecha había atravesado su cuerpo, justo en el corazón, en ese momento me sentí aterrado, la estaba viendo morir en manos de unos asquerosos humanos.

Brumeo se detuvo… hubo silencio por un momento.

—¿Y t-tu padre?—preguntó temeroso Saibón.

—Me mantuve oculto por un tiempo, pensé que mi padre regresaría por mí, pero eso no sucedió. A él no lo vi morir, pero sí encontré su cuerpo… sus condiciones no eran las idóneas para ser vistas por un pequeño. A lo lejos pude escuchar las risas de esos malditos… y yo… yo permanecí escondido como un cobarde en una cueva oscura sin poder hacer nada. Aterrorizado y hambriento. No iba a durar mucho tiempo más, no tardaría en comenzar la temporada más fría del invierno y moriría en ese lugar, sólo...

Su mirada y postura se serenó en automático al terminar aquella parte del relato, se llevó la mano a la barbilla y se frotó un par de veces la parte inferior del labio.

—Por fortuna para mí, un gran ser me encontró cuando yo ya no podía más: Devaloz. Él me tomó en sus brazos y me llevó a sus aposentos. Me cuidó, protegió y entrenó. Gracias a él me volví el centauro que ahora soy;— observó nuevamente a su hijo que lo miraba con los ojos abiertos como platos, impresionado de escuchar por primera vez la historia de su padre— me prometí a mí mismo que jamás perdonaría lo que esos humanos le hicieron a mis padres, y juré venganza, así con el pasar de los años y el entrenamiento que había recibido, reuní un ejército de bestias esperando el momento oportuno...y llegó... fue entonces cuando ordené a los minotauros perpetrar el ataque; nunca más unos inmundos humanos volverían a hacerme daño y no permitiré que se lo hagan a nadie de mi especie...

—Papá… pero ese ataque que d-destruyó la magia forma parte d-de la historia de cuatrocientas lunas atrás.

—Este no es el único reino que hizo alianzas con la magia Saibón, hemos estado conquistando uno a uno con el pasar de los años.

—Perdóname p-padre, No sabía— bajo la mirada al suelo observando la forma de sus pies, movió un par de veces el casco de su extremidad inferior derecha produciendo un ligero -clack-.

—Pues ahora que ya lo sabes —su tono de voz se volvió más severo— tienes que tener en claro que no importa la edad que los humanos tengan; son seres malignos, avariciosos y aunque no necesariamente representen un peligro inminente cuando son jóvenes, no podemos permitirles desarrollar magia o sentirse seguros, por lo que es nuestro deber proteger a los nuestros, por eso tenemos que eliminarlos desde el primer instante en el que puedan causar problema alguno. ¿Entendido?

—Sí padre — Se sentía apenado de haber cuestionado sus decisiones, no tenía idea del pasado de su padre, sólo conocía el mundo dominado por la tierra oscura, no sabía que hubiera existido un antes dominado por la magia y los humanos, solo conocía el ahora donde ellos eran temidos y respetados.

Brumeo se retiró del lugar pasando junto a su esposa, emparejó su perfil junto al de ella y sin voltearla a ver habló.

—Tienes que hacer algo para que deje de tartamudear, es una vergüenza que mi primogénito hable así.

Iwa respiró hondo y tragó saliva.